



## La Juventud de Lenin y la mía

Por Alejandro Kerenski.

Este artículo fué publicado en la revista norteamericana "Asia", Febrero 1934. Reflejan sus párrafos aspectos de la vida íntima rusa que escapan a la mayoría de los escritores. Fué lo que nos movió a traducirlo y ofrecerlo a los lectores de "SIC".—(Víctor Iriarte).

Por un curioso capricho de la historia los tres hombres más íntimamente relacionados con los críticos años del pueblo ruso, Prototopov, el último y más odiado ministro del Interior que tuvieron los Zares, Lenin y yo, nacimos en la misma población, sobre el Volga y en clases sociales estrechamente vinculadas. De latifundistas Prototopov; Lenin y yo de la burocracia. Nadie puede decir que fuera Lenin, expresión de alguna raza primitiva del Asia, "elementales fuerzas de Rusia". Yo nací bajo el mismo cielo, respiré el mismo aire: escuché los mismos cantares: jugué en el patio del mismo colegio y desde la alta orilla del Volga oteé los mismos infinitos horizontes. Lo sé ciertamente y puedo aseverarlo, sin miedo a error, que sólo por haber perdido todo contacto con su nativo país y por haberse desembarazado de todo natural sentimiento por él, dió Lenin en la monstruosidad de la deliberada y cruel mutilación de Rusia.

En la misma ciudad de la que Lenin salió para sumergirse en el Marxismo, yo viví los días más felices de mi despreocupada juventud. Tuviere yo pluma descriptiva e imaginación poética para reconstruir este Simbirsk de mi infancia que nunca olvidaré y que me inculcó para toda mi vida el amor y la comprensión de Rusia.

Simbirsk era una de las menos conocidas capitales provincianas en el retrógrado reino de Alejandro III. No había tren, Barcos, sólo durante el período navegable, y en los meses interminables de invierno trotaban los caballos por las heladas aguas del Volga convertido así en inmensa carretera. El pueblo se levantaba en una colina,

sobre la ribera más alta del río. Desde la cumbre hasta la orilla se extendían hermosos manzanares y floridos cerezos. En la primavera, la montaña entera parecía un ramillete de olorosas flores y en las tranquilas noches rasgaban el silencio los trinos del ruiseñor. Al derretirse la nieve, rebasaba el río su ordinario cauce, inundando las vegas de su margen izquierda, extendiéndose como un mar inmenso sobre los campos que, más tarde, con el calor del verano, resonaría alegre con los cantos y juegos del pueblo que venia a segar la jugosa y frágante yerba y a apilarla en inmensos pilones.

En torno de la población, sobre las escarpadas orillas del río y ocultas entre bosques cenagosos y matorrales, se hallaban las fincas de los hacendados. Las haciendas estaban rodeadas por casas, habitadas por campesinos, hasta hace poco miseros esclavos. Nada de factorías ni de trabajos industriales.

La población de la ciudad, la formaban agricultores, artesanos, pequeños mercaderes, comerciantes, alta burocracia y paisanaje. Simbirsk era una ciudad predominantemente agrícola, amante de la tradición, de la nobleza, conservadora y aun reaccionaria. Las grandes reformas de Alejandro II no despertaron aquí gran entusiasmo. En general se odiaba la prensa libre, los tribunales públicos con jurado y particularmente los jueces de paz, ante los cuales podían los paisanos apelar contra sus antiguos dueños, como contra iguales. Con todo, frente a los dioses olímpicos de la nobleza, un grupo de intelectuales, hijos del pueblo pero con estudios universitarios,

## A TRAVÉS DEL MUNDO

mantenía en vigor estas reformas. No faltaban radicales y nihilistas que, por traslados o destierros de ciudades mayores, se veían obligados a residir en un oscuro centro provincial. Los radicales hallaron su contrapartida política en la mentalidad política de algunos nihilistas a estilo de Fazukhin, terrateniente y prominente oficial de S. Petersburgo. Soñador, perpetuó de la restauración de la esclavitud formuló un proyecto para la restauración parcial del señorío sobre los colonos. El proyecto cuajó en ley que provocó un incendio de ira contra el Gobierno.

Dos años antes, la burocracia de S. Petersburgo había recibido otra contribución del pueblo de Simbirsk y por cierto nada agradable: una bomba, destinada al Emperador Alejandro III. El 1º de Mayo de 1887, aniversario de la muerte de Alejandro II, a manos de una organización revolucionaria, su hijo fué de igual manera amenazado por los terroristas. Entre los autores de este nuevo acto de terrorismo se hallaba el brillante y fascinador Alejandro Ulianov, hermano mayor de Wladimiro Ulianov, hoy más conocido por LENIN. Así nuestro oscuro pueblo provinciano, sin radio ni teléfonos ni ferrocarriles, casi sin contacto durante el invierno y a veces ni siquiera con el correo diario, estrechaba su vida con la de todo el imperio. Un fragmento de la historia del ciclo revolucionario contra la monarquía, a causa de la detención y ejecución de Alejandro Ulianov, se ha convertido en parte íntegra de la biografía de Lenin y de mi propia vida. Alejandro cruzó por mi vida como por casualidad, pero ha dejado una profunda impresión para siempre. Impresión no tanto de él cuanto de algo terrible relacionado con él, que influyó sobre mi imaginación infantil: un carrito cerrado de maderas verdes; ese carrito rodaba de noche por las calles del pueblo y se llevaba a la gente... Dios sabe dónde.

Claro está que el descubrimiento de una grave conspiración en S. Petersburgo y el arresto de un prominente oficial civil en Simbirsk (el padre de los Ulianov era el Director de Educación Primaria en toda la Provincia) trajo como consecuencia, registros y arrestos en la población entre los amigos y conocidos de Ulianov, y todo esto por costumbre inveterada se hacía en Rusia de noche. Mi memoria infantil de estos hechos es vaga, fuera de la impresión del misterioso carrito, portador de desastres a dondequiera que llegaba. Después de la tragedia de Ulianov, cuando nos portábamos mal, las cargadoras nos decían: "Espera un poco que ya viene el carrito en tu busca". Ese fué mi primer contacto con la revolución. Todo lo accidental e inocente que se quiera pero que en mi alma dejó algo para siempre.

No es difícil comprender la impresión dolorosa de Lenin, joven entonces de 17 años, por la ejecución de su hermano. El efecto psicológico fué aplastante y des-

tructor. Porque Alejandro era el contraste más vivo con su hermano Wladimiro. Fino, generoso y abnegado, hechizaba y conquistaba al pueblo con sola su presencia. Ardía en su pecho la llama del amor por el pueblo y deseaba sacrificar su vida por los demás. De vivir en nuestros días ese perfecto caballero, se hubiera alistado en contra de su hermano Lenin. Los dos hermanos eran antípodas morales. Sólo Lenin reclamaba su descendencia en línea recta de la filosofía primitiva y del nihilismo intelectual de hombres como Mark Voloklov. Sólo que Lenin no exige a sus discípulos, honestidad, ni veracidad ni urbanidad, "restos, como él decía, de una moral burguesa, pasada de moda". No cabe duda que la muerte cruel y tal vez injusta de Alejandro transformó a Wladimiro en lo que fué durante toda su vida: un cínico sin igual. Yo me imagino también que su odio especial a la Iglesia Rusa Ortodoxa, su militante ateísmo, haya nacido del espectáculo de aquel sacerdote que, por disposición de la ley, cruz en mano, estaba junto al patíbulo.

Más tarde en su vida, decía Lenin, que a la edad de trece a catorce años había "acabado con las supersticiones religiosas" y que botó la cruz bautismal, la que alrededor del cuello, suspendida de una cadena, llevan todos los rusos. Pongo en duda la verdad de esta historia. No sería extraño que Lenin hiciese esta ideal pintura ante la juventud comunista para mayor gloria de su religión comunista. Pero hay un hecho indudable y es que, al terminar sus estudios en el Liceo de Simbirsk, el Director le calificó como correcto y ejemplar en todo, el primero en la clase y modelo de los demás. Y por aquel tiempo la idea de esa conducta ejemplar entrañaba una regular y fervorosa asistencia a la capilla escolar. El documento íntegro es como sigue: "Bien dotado, siempre listo y asiduo, Ulianov era el primero en todo y al terminar sus estudios recibió una medalla de oro, como el alumno más completo por sus cualidades, aprovechamiento y conducta. Nadie en la clase o fuera de ella pudo presentar a los maestros o autoridades escolares, quejas por las palabras o hechos del joven. Su instrucción mental y moral ha sido siempre esmerada: primero por sus padres y en su orfandad paterna, desde 1886, por su madre sola que concentró todo su cuidado y atención en la educación de su hijo. La religión y la disciplina eran la base de esta educación cuyos frutos se manifiestan en la conducta de Wladimiro. Mirando más íntimamente en el carácter y vida privada de Ulianov, tuve ocasión de notar alguna excesiva tendencia hacia el aislamiento y la reserva: una tendencia a esquivar el contacto con sus conocidos y aun con los mejores discípulos, fuera de las horas de clase. La madre de Ulianov trata de acompañarlo durante sus estudios universitarios".

La firma bajo este histórico documento es la de mi padre. No solo era el Director del Liceo, sino el profe-

## A TRAVÉS DEL MUNDO

sor y tutor de la Clase de Ulianov. Las personales relaciones de mis padres con la familia de Lenin le obligaron a tomar activo interés por el hijo y a ayudar a su madre que había perdido al esposo y al primogénito, a llevar la carga de la educación de los hijos. Uno de sus principales esfuerzos se dirigió a asegurar la admisión en la Universidad al hermano de uno de los ejecutados conspiradores contra la vida del Zar. Sin embargo el documento citado que tan favorablemente pinta el carácter de Wladimiro, señalaba una línea divisoria entre el agitador político de Petersburgo y su hermano de Simbirsk que a juicio de su Director era un asentado y virtuoso joven. ¿Quién hubiera pensado que este joven de inmejorables cualidades, educado en la oscura Simbirsk en un ambiente de liberal y tradicional cultura rusa, iba, a ser, a los cincuenta años, el sepulturero de ella!

Los primeros años de Lenin y sus días estudiantiles (1887-1892) coinciden con los primeros años del avance triunfal de las ideas marxistas. Desde el principio se sumó a esta corriente del pensamiento socialista ruso y llegó a ser uno de los principales organizadores del partido social-demócrata de trabajadores. Perdido ya el Dios ortodoxo, odiando con toda su alma desde la ejecución de su hermano la antigua y tradicional Rusia, Lenin creyó en Marx como en un Dios. Durante su vida repetía a sus discípulos: "El marxismo es la verdad definitiva: ningún desarrollo histórico lo puede debilitar ni alterar. Ahora a Marx, como a cualquier pensador de genio, pueden sus discípulos interpretarlo diversamente".

Lenin era cruel por naturaleza. De joven gozaba disparando sobre los gatos errantes y estropeando las alas de los cuervos. Además desde la muerte de su hermano estaba casi siempre furioso. Por todas estas razones para él Marx era ante todo el líder de la guerra civil de clases y el demolidor de la "moralidad burguesa", ya que para él era un axioma que se convirtió en norma de su carrera revolucionaria "sólo es moral cuanto ayude a la revolución: cuanto la impide es inmoral y criminal".

Desde el principio de su carrera revolucionaria Lenin trabajó fría y calculadamente contra el humanitario proyecto de los Comités Rusos, desbordantes de amor para con el ser humano, deseosos de sacrificarse en nombre de la verdad y de la justicia y sensibles a las lágrimas y dolores del débil y abandonado. La inmensa mayoría de esos comités, tan activa políticamente, hacía suyas aquellas palabras de un héroe de Dostoiewsk: "Toda la social armonía del futuro no puede justificar una lágrima derramada por un solo niño atormentado".

Poco importaban a Lenin las lágrimas de los niños.

Por la victoria en la guerra de clases, por el triunfo revolucionario, él creyó que no solo estaba permitido un mar de lágrimas infantiles, sino que de hecho las hizo derramar. Testigo el año 1891. Una escasez de cosecha en la región del Volga, falta de previsión y sobra de negligencia en el Gobierno, trajeron el hambre. Poco consiguió la censura. A través de los barrotos del lápiz rojo, la noticia del hambre se propagó y se repartieron circulares en abundancia. La inercia rusa, tan característica en las provincias, se esfumó. León Tolstoy escribió sus famosos artículos sobre el hambre y él mismo, vino a los pueblos a organizar el socorro. Sacudida por la desgracia nacional, Rusia parecía despertar de su letargo para lanzarse y volver a la vida. Había una nueva voluntad para la acción, para luchar por la obtención del derecho en la participación política y social. En todas las ciudades rusas y en toda el área afectada por el hambre, surgían comités de socorro, legalizados o de cualquier suerte. La juventud socialista, disfrazada de juventud radical, bullía en todas partes. En Samara hizo el comité local lo mismo que en otras ciudades del Volga: organizar el socorro en los pueblos circunvecinos. Por aquel entonces, 1891, vivía en Samara, un joven abogado, Wladimiro Ulianov, el futuro Lenin. En los mítines y conferencias de socorro era el único en levantarse y oponerse a las proposiciones de ayuda y caridad. El hambre, a su parecer, era excelente, porque enardecía al pueblo contra el gobierno, así se infiltraba el sentido político y con él el espíritu revolucionario. Exactamente lo que sucedió a los treinta años. Estamos en 1921. Lenin es ya el dictador de Rusia. El va plasmando la primera prueba del "Comunismo Integral". Todas las reservas de granos les han sido confiscadas a los agricultores sin compasión. En vista de ello, el pueblo siembra menos. Y se presenta en toda la región del Volga, un hambre, cual no se conoció desde 1613. En Moscú, un grupo de hombres públicos y trabajadores socialistas de no ser fusilados o desterrados, confiaron obtener del Gobierno Socialista, el permiso para organizar el socorro público en gran escala. Por ironía del destino, algunos de ellos estuvieron en Samara, treinta años antes y oyeron la protesta de Lenin contra la ayuda a niños y mujeres hambrientas. Al principio el dictador dió su permiso. Pero, a las pocas semanas, cuando ya la organización iba a dar sus resultados, todos los miembros del Comité fueron arrestados por la Checa. Algunos de ellos condenados a muerte, si bien después, todos fueron desterrados al extranjero. El Gobierno de Lenin no podía tolerar ni esa inocente, humanitaria y pública actividad que, aunque con grandes intromisiones de la policía, las toleraba Alejandro III.

Lenin se entregó a la política revolucionaria como a una profesión, a raíz de sus estudios escolares. Fue des-

## A TRAVÉS DEL MUNDO

terrado a Siberia, vivió por muchos años en el destierro, como un emigrado, visitando de vez en cuando a Rusia. Así él conoció a su patria, a través de los barrotes de la cárcel. No conoció casi nada de la vida de un gran país, sino su aspecto peor y confundió el Estado mismo, con lo aborrecible organización policial, mirando todo el conjunto nacional, como un conglomerado de gendarmes, espías y agentes provocadores.

En mi infancia y juventud yo ví otra Rusia. Yo la ví desde arriba más bien que desde abajo. Es frecuente en nuestros días el afirmar fuera de Rusia y aun entre algunos rusos que la vida en tiempo de los Zares era peor que con los bolcheviques. Semejante acusación supone una carencia absoluta de conocimiento del zarismo "marca Stalin". Entre éste y el zarismo de los Romanovs hay diferencia no solo en la cantidad de violencia sino sobre todo en su calidad.

Volviendo ahora a mi propio pasado, me veo en mi primera infancia, en el reinado de Alejandro III, como un súbdito pequeño pero leal. Esto era antes de que me nacieran ambiciones políticas. Yo sentía entrañablemente a Rusia y la Rusia que yo amaba era la Rusia tradicional con sus Zares y su Iglesia Ortodoxa; yo la sentía en mi propio sér, en mi familia, en el reducido círculo de mis conocidos y parientes: en todo el standard de la vida de una clase superior de oficiales provinciales a los que pertenecía desde mi nacimiento. Mi padre descendía de una familia de eclesiásticos, muy pobre, pero siendo buen pedagogo por la gracia de Dios, y buen orador por ley de herencia, hizo rápidos progresos en el escalafón de puestos oficiales. A los principios de su carrera en Kazan, se casó con una de sus alumnas. Mi madre era hija de un oficial, pero su abuelo había sido esclavo que, después de obtener la libertad, vino a establecerse a Moscou, y dejó una herencia nada despreciable para aquellos tiempos. Así la posición oficial de mi padre, sus vínculos sociales y sus medios de vida independientes, hicieron de él, un miembro de la alta sociedad provincial.

Desde los primeros albores de mi conciencia recuerdo el boato en gran parte procurado por, el mismo Gobierno: una serie no interrumpida de fiestas: las institutrices para las hermanas mayores; apartamentos especiales y retirados para los niños que solo participaban de la vida común en las grandes recepciones. A mi me encantaba el vago sentimiento de emociones en mi casa, cuando nuestros padres salían a un baile: emoción que se nos comunicaba cuando nuestra madre, cubierta de flores, arrastrando su gran vestido, venía a decirnos: "ADIOS".

¡Qué feliz soy, pues me ví libre de fijar mis ojos en la parte tétrica de la vida provinciana rusa! Conservo aún, un extraño, imponente sentimiento, casi de mis-

ticismo, al recordar la capilla escolar. Me la imaginó un día de fiesta, en su función solemne. Las Puertas santas se abren: sale el sacerdote a dar la Comunión a los niños: los dos hijos pequeños del Director de la Escuela le acompañan, vestidos de blanco, con lazos rosados bajo sus cuellos de Eton y detrás de ellos, entre las ordenadas hileras de alumnos, todos de uniforme azul bien ajustado, con botones de plata, está el alumno ejemplar, religiosamente educado y el primero de su clase, Wladimiro Ulianov-Lenin.

La primera vez que fui a los oficios de media noche, en la Pascua de Resurrección, me detuve, profundamente conmovido, ante una imagen de Cristo Resucitado, tan iluminada que parecía transparente y aun viviente. Lenin también miró a esta imagen y tal vez se rió en su interior, mientras simulaba aparente devoción: si es cierto que a los trece o catorce años, pisoteó el Cristo de su Bautismo. De mí sé decir que no había doblez en mis sentimientos y que en mi infancia era profundamente religioso.

Todavía recuerdo al arcipreste que almorzaba los domingos con nosotros y me distinguía entre los demás, dándome algunos folletos con la explicación de las principales fiestas. Yo devoraba estos folletos y hasta soñé en mi espléndida carrera: ser campanero: vivir en un alto campanario, encima de todos, muy cerca de las nubes y desde allí llamar a los hombres al servicio de Dios con los acompasados tañidos de una enorme campana.

El primer ayuno, el sacramento cuaresmal, las fiestas de la Iglesia, Navidad con sus nieves y alegres juegos, las ferias del Carnaval, Resurrección que coincide con la turbulenta y espléndida primavera rusa, todo ello plasma la religión con nuestra vida diaria y la invade íntimamente para siempre. En esas primeras impresiones, en esas narraciones bíblicas, en ese Hombre que dió su vida por los demás y que sólo enseñó una cosa — el amor — ahí y no en otra parte, brota la fuente de mi fe juvenil que más tarde he tenido en el sacrificio personal por el pueblo de mi país y ahí mana la fuente de mi ardor revolucionario.

... Por mi conocimiento íntimo de los círculos oficiales, civiles y militares, nunca aceptaría más tarde en mi vida, en mi carrera política o en mi actitud, a individuos que condenaran la burocracia, como egoísta; Plaza fuerte de la reacción; manera de pensar tan común en la Rusia revolucionaria y en los círculos de oposición. Los conocía desde mi niñez; sabía que en gran parte el elemento burocrático ruso estaba profunda y abnegadamente entregado, a los intereses de la nación. Tal vez no acertó a distinguir entre la nación y su tradicional y secular régimen de Gobierno, la autocracia. Pero ¡cuántas veces los revolucionarios y la oposición, en su lucha contra la autocracia, no perdonaron a la pobre Rusia!